

John Connolly

EL FRÍO DE LA MUERTE

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

JOHN CONNOLLY
EL FRÍO DE LA MUERTE

Traducción de Vicente Campos

Connolly, John

El frío de la muerte / John Connolly. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tusquets Editores, 2019.

464 p. ; 23 x 15 cm.

Traducción de: Vicente Campos.

ISBN 978-987-670-583-7

1. Narrativa Irlandesa. 2. Novelas Policiales. I. Campos, Vicente, trad. II. Título.

CDD Ir823

Título original: *A Game of Ghosts*

1.^a edición: julio de 2019

© 2017 by Bad Dog Books, Limited

© de la traducción: Vicente Campos González, 2019

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Todos los derechos reservados

© 2019, Tusquets Editores S.A.

Av. Independencia 1682 - C1100ABQ - C.A.B.A.

info@tusquets.com.ar

ISBN: 978-987-670-583-7

2.300 ejemplares

Impreso en Primera Clase,

California 1231, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,

en el mes de mayo de 2019

Hecho el depósito que previene la Ley 11.723

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Índice

Primera parte	11
Segunda parte	43
Tercera parte	101
Cuarta parte.	169
Quinta parte	291
Sexta parte	385
Séptima parte.	421

La nieve caída en la última nevada se había asentado sobre la que ya había caído previamente, como sucede con los recuerdos, con los años.

Según el hombre del tiempo, también acabaría solidificando y añadiendo otra capa de hielo a la que ya cubría la ciudad, y eso retrasaría un día, quizá dos, el lento deshielo que de forma inexorable llegaría. Sin embargo, esa noche de febrero no parecía que el frío fuera a remitir en algún momento. Pero al menos la última nevada, la primera que caía desde hacía más de una semana, había ocultado la suciedad de la nieve acumulada anteriormente, y las calles de Portland se veían limpias e inmaculadas de nuevo, al menos por un tiempo.

Pese a que el aire era gélido, el día no acababa de despejarse. Una leve bruma se cernía sobre las calles creando zonas de penumbra alrededor de las farolas, como halos de santos, y convirtiendo la línea del horizonte en un paisaje onírico. La neblina confería a la ciudad un aire de duplicación, como si sus calles y edificios hubieran sido dispuestos de manera imperfecta sobre una versión anterior de sí misma y ahora esa variante fantasmal asomara y la gente del presente quedara al alcance de la mano del pasado.

Charlie Parker caminaba por Exchange Street, iba con la cabeza gacha para contrarrestar el crudo frío y la oscuridad, y avanzaba con torpeza entre los montones de nieve de las aceras. No le hacía falta ver la cadena NBC para saber que el invierno apretaba. Una antigua encarnación de aquel invierno parecía percibir la cercanía de la primavera, aunque nadie más la notara,

y estaba resuelta a aferrarse a su blanco reino tanto tiempo como pudiera. Parker lo sentía en los huesos, y en las heridas. Llevaba la mano izquierda metida en el bolsillo, hecha un ovillo de dolor, y la piel de las cicatrices que tenía en la espalda le molestaba por lo tensa que estaba. Le dolía la cabeza, y si alguien le hubiera preguntado, podría haber señalado las extrañas marcas que le habían dejado en el pelo, de un canoso plateado, las postas de escopeta al desgarrarle el cuero cabelludo, y también podría haber atribuido a cada una un dolor determinado.

Las heridas más antiguas también le incordiaban. Muchos años atrás se había arrojado a un lago helado en el remoto norte del estado para esquivar los disparos que, de no haberse zambullido, seguramente habrían puesto fin a su vida. Con todo, pese al riesgo que había corrido, había recibido un balazo, pero el dolor del impacto quedó amortiguado por la impresión aún mayor del agua gélida. Debería haber muerto, pero no murió. Más tarde, los especialistas del hospital le dedicarían una retahíla de términos médicos —hipotermia, hipotensión, hipervolemia, elevada viscosidad de la sangre—, ninguno de los cuales suponía una gran ventaja para el cuerpo humano, ni para sus perspectivas de inmortalidad, pero todos, en un momento u otro, se le diagnosticaron.

Aparte de que le dispararan, había infringido prácticamente todas las normas médicas en caso de producirse una inmersión en agua helada, porque había seguido luchando con sus torturadores, y eso fue antes de que alguien intentara dejarle sin dientes a patadas. Uno de los médicos que lo asistía, especialista en medicina marítima, quiso escribir un artículo sobre él, pero Parker había rechazado educadamente la oferta de tratamiento y terapia gratuitos a cambio de su colaboración. Fue una decisión que a veces lamentaba. Con frecuencia pensaba que su cuerpo no se había recuperado del todo del trauma que había sufrido, porque desde entonces notaba el frío del invierno con una intensidad que no recordaba de su juventud ni de sus primeros años de madurez. En ocasiones, incluso en una habitación caliente sufría unos temblores tan violentos que lo dejaban debilitado durante horas. Le dolían hasta los dientes. Una vez, le castañetearon con tal fuerza que perdió una corona.

Pero, en fin, seguía vivo y de eso se trataba, ¿no? Recordó el viejo tópico de que si dejas los vicios no vivirás más, pero sí tendrás la impresión de que tu vida es más larga. En noches como ésa tenía la impresión de haber vivido siempre con dolor.

Era el primer día de febrero. Parker recordó las conversaciones con su abuelo sobre los meses de invierno, poco después de que el anciano hubiera acogido al pequeño y a su madre, permitiéndoles escapar de Nueva York y de las secuelas de la muerte de su padre. Para Parker, los meses de invierno eran diciembre, enero y febrero, pero su abuelo, cuya memoria hundía sus raíces en otro continente, siempre pensaba en términos del antiguo calendario gaélico, en el que noviembre era el primer mes del invierno y, por tanto, para él febrero señalaba el inicio de la primavera. Ni siquiera las décadas sufriendo los lóbregos inviernos de Maine, y en especial la gélida oscuridad de febrero, le habían hecho cuestionarse su convicción. Con el paso del tiempo, Parker había llegado a sospechar que el anciano tal vez fuera más sensato de lo que su nieto creía. Al asumir febrero como el nacimiento de una nueva estación, en lugar del inicio de la muerte lenta de otra, su abuelo demostraba un grado de agudeza psicológica que le permitía sobrellevar uno de los peores meses del año considerándolo como el heraldito del mejor tiempo por venir.

Parker se detuvo fuera del Crooners & Cocktails. El bar lo había elegido Ross. Parker no sabía muy bien por qué. No es que el agente del FBI estuviera muy al día de los restaurantes de Portland. Aunque, bien pensado, Parker había acabado por aceptar que Edgar Ross estaba más acostumbrado a los ritmos de la vida en lugares desconocidos de lo que parecería aconsejable, incluso para alguien directamente implicado en cuestiones de seguridad nacional.

A decir verdad, a Parker le gustaba el Crooners & Cocktails. Es posible que el nombre fuera un tanto cursi, pero el interior era como volver a otra época, al pasado, y la comida y las bebidas estaban bien. Miró a través de la cristalería del local, empañada por el calor interior, y le pareció distinguir la figura de Ross al fondo. El agente tenía ante sí un vaso medio lleno y lo que parecía una bandeja de ostras. Parker detestaba las ostras. En

cuanto a sus sentimientos hacia Ross, bueno, el jurado seguía deliberando.

Parker se apartó de la cristalera. Oía la música que llegaba hasta la calle desde el Sonny's, y, en la otra acera, distinguió unas figuras que se acomodaban en el bar del Press Hotel, un edificio que había alojado el *Portland Press Herald* hasta que el periódico se reubicó en el One City Center, en 2010. Parker sólo había estado una vez en el hotel, para echar un vistazo y tomar una copa con Angel y Louis. Le pareció que era un establecimiento aceptable en el que alojarse, aunque, como el Crooners & Cocktails, fuera un esmerado ejercicio de nostalgia. No obstante, tal vez la nostalgia era una reacción comprensible frente a un mundo que parecía irse por entero al infierno, al menos mientras todos tuvieran claro que el pasado era un lugar agradable para ir de visita, aunque poco recomendable para volver a establecerse en él.

Uno de los coches aparcados frente al Crooners & Cocktails era un Lexus negro. Había dos hombres sentados delante. Para evitar discusiones, estarían escuchando algo neutral, imaginó Parker: Classic Vinyl o Deep Tracks en la emisora Sirius. Ambos iban armados. Parker les había informado de que venía Ross. Sentían curiosidad al igual que él. Ross raramente se aventuraba tan al norte.

Sonó el móvil de Parker, contestó y Angel le dijo:

—Ha llegado en una limusina, pero sin matrícula oficial. La limusina lo ha dejado ahí delante y se ha ido. Yo me he quedado con Ross y Louis ha seguido al vehículo. Está aparcado en Middle Street. Alquiler privado, pero nada llamativo. El chófer está en el Starbucks, jugando con su móvil.

Parker puso fin a la llamada y se ajustó la aguja de la corbata. Detestaba llevar corbata.

—¿Todavía me oyes? —preguntó.

Desde el asiento del pasajero del coche, Angel levantó un pulgar. Al menos Parker esperaba que fuera el pulgar. Con Angel nunca se sabía.

Y seguidamente, Parker entró en el bar.

Mientras le acompañaban hasta la mesa, se le ocurrió que no

sabía prácticamente nada de Ross. ¿Estaba casado? No llevaba anillo, pero Parker conocía a hombres y mujeres que trabajaban en profesiones peligrosas que preferían no hacer públicos sus lazos maritales. Podía estar separado o divorciado. Dado su trabajo, se entendería. ¿Tenía hijos? Parker pensaba que no, pero ya se había equivocado antes a ese respecto. Los hijos ablandaban a algunos hombres, pero para otros solo suponían una responsabilidad más. Había leído una entrevista que le habían hecho a un escritor cuya hija, de la que estaba distanciado, había viajado miles de kilómetros hasta algún lugar de África con la intención de reanudar su relación rota, y se topó con que su padre le cerraba la puerta en las narices. El novelista se justificó argumentando que no le habían enseñado a tratar a «niños problemáticos», pero Parker no conocía a ningún padre que estuviera preparado para tratar con niños, fueran o no problemáticos. Aunque, a decir verdad, eso no era cierto del todo: conocía a un par de psicólogos infantiles, a uno sobre todo, y ambos eran unos padres espantosos.

Ross se levantó para estrechar la mano de Parker. Le había caído salsa Tabasco en la camisa; sólo una gota, como un alfilerazo ensangrentado. Parker no dijo nada, pero a lo largo de la velada los ojos se le iban constantemente hacia ese punto, como si tuviera un sentido profundo que se resistía a desvelarse.

Parker le dio el abrigo a la camarera, pero se dejó la chaqueta puesta.

—He pensado que no te molestaría si pedía unas ostras antes de que llegaras —dijo Ross cuando ambos se sentaron—. Ya sé cuál es tu opinión sobre el marisco.

—Un detalle por tu parte —comentó Parker. Se dio cuenta de que su aversión al marisco y los crustáceos en general se había acentuado hasta convertirse en una fobia. Se habría sentido tentado de visitar a un terapeuta para comentarle el particular si no hubiera temido lo que esa desconfianza hacia los bivalvos pudiera revelar sobre su personalidad.

—¿Qué bebes? —le preguntó a Ross.

—Un cóctel de Dewar's y *amaretto* Disaronno. Se llama un Padrino.

—Espero que estés siendo irónico.

Parker repasó la carta de cócteles, encontró una copa que no le avergonzaría demasiado pedir —un Periodista: básicamente Bombay Original y vermouth— y dejó la carta a un lado. Cuando tuvo el cóctel delante, apenas le dio un sorbo. Seguían sin gustarle los licores fuertes, pero hacía mucho que había aprendido que, en compañía de una persona que bebiera, era conveniente pedir algo parecido, aunque no traspasara sus labios una sola gota del líquido. Café, cerveza, vino, whisky, no importaba: el acto de pedir relajaba al otro, y esa relajación era importante para sonsacarle información. Pero, claro, Ross eso ya lo sabía. Si no lo supiera, no estaría trabajando para el FBI.

Ross y él hablaron durante un rato de trivialidades —política, el tiempo, la salud de Parker— y luego pidieron los platos principales: rape para Ross y bistec para Parker, con copas de Riesling y Malbec, respectivamente, para acompañarlos. La música sonaba de fondo, como un contrapunto al murmullo de la conversación.

—Bien —dijo Parker—, ¿por qué estás aquí?